



CIVILIZACIÓN

D. HERNÁNDEZ DE LA FUENTE / R. LÓPEZ MELERO

GRIEGA

Este libro presenta un estudio transversal de los elementos fundamentales de la cultura y civilización griegas antiguas, desde la época arcaica hasta la época imperial romana, dando cuenta de la unidad de pensamiento e idiosincrasia del mundo griego a lo largo de estos siglos. Estructurado en una serie acotada de diez ámbitos conceptuales distintos y complementarios a la vez, da fe de la riqueza cultural de lo helénico en sus diversas etapas centrándose con preferencia en las épocas arcaica y clásica, que es cuando se forja la identidad griega a través de la lengua, la literatura, el pensamiento, las creencias religiosas y la organización colectiva. Estas páginas pretenden ofrecer una serie de reflexiones y contenidos que proponen un análisis de conjunto de la continuidad cultural de la civilización griega, dando breve cuenta de sus transformaciones, desde una perspectiva a la vez sincrónica y diacrónica.

Grecia antigua y mar Egeo



Magna Grecia y Sicilia

Introducción

El milenio de civilización griega que, en el ámbito cronológico de la historia antigua, se extiende desde los poemas homéricos hasta la integración de Grecia en el mundo romano fue testigo de unos logros intelectuales y artísticos sin parangón en ninguna otra etapa histórica. Su inmenso legado sigue sirviendo hoy como base para nuestra cultura. Este libro se propone presentar un estudio transversal de los elementos fundamentales de la cultura y civilización griegas antiguas, desde la época arcaica hasta la época imperial romana, dando cuenta de la unidad de pensamiento e idiosincrasia del mundo griego a lo largo de estos siglos. Estructurado en una serie acotada de diez ámbitos conceptuales distintos y complementarios a la vez, que dan fe de la riqueza cultural de lo helénico en sus diversas etapas, es necesidad centrarse con preferencia en las épocas arcaica y clásica, que es cuando se forja la identidad griega a través de la lengua, la literatura, el pensamiento, las creencias religiosas y la organización colectiva.

Estas páginas pretenden ofrecer una serie de reflexiones dirigidas a analizar la continuidad cultural de la civilización griega, dando breve cuenta de sus transformaciones, desde una perspectiva a la vez sincrónica y diacrónica. El libro se estructura, así, siguiendo diez ejes temáticos: en primer lugar se trata de definir al pueblo griego a partir de sus signos de identidad y de la oposición frente a lo no griego. Desde la formación de los primeros entes políticos en la Grecia arcaica hasta la disolución del mundo helenístico en el marco de las conquistas romanas, lo

esencial del helenismo seguirá perviviendo más allá de las transformaciones históricas. A continuación, el segundo capítulo trata el espacio público y el marco familiar, que sirven también para dotar de homogeneidad a la experiencia griega con lo político, con especial énfasis en la época clásica. La ciudadanía griega y la integración del individuo en el marco colectivo, tan importantes para el concepto de sociedad posterior, a través de la educación (*paideia*) y la participación política en la comunidad (*polis*) se examinan a continuación. En cuarto lugar se trata el papel de la mujer en la civilización griega, un tema que ha suscitado un particular interés desde hace varias décadas. Especial atención se presta también, en el quinto capítulo, al fenómeno religioso en la civilización griega y a la enorme repercusión que tiene, con toda su variedad conceptual, en la sociedad helénica. La guerra y los aspectos militares se estudian en sexto lugar como uno de los resortes ideológicos más importantes y, a continuación, se expone el atletismo como alternativa pacífica del espíritu combativo y competitivo. En el punto octavo se abordan los aspectos económicos más relevantes de la civilización griega, haciendo hincapié en los viajes comerciales y en la colonización griega del Mediterráneo en época arcaica. Las dos últimas secciones contienen un panorama de la literatura y el pensamiento griegos en su evolución histórica, con especial atención a su influencia social y a su pervivencia posterior.

En definitiva, la finalidad de estas páginas, consiste en proporcionar un conocimiento crítico de una civilización antigua clave para el mundo occidental, como es la griega, resaltando su continuidad y unidad conceptual y la importancia de la recepción de su legado en nuestra tradición cultural. Se pretende así proporcionar conocimientos sobre aspectos como la formación de la sociedad griega, su marco geográfico y natural, las formas de intercambio social, político y comercial, los avances en la ciencia y filo-

sofía, los desarrollos de la literatura y la religión griegas y, finalmente, el legado de la civilización griega a la posteridad. El lector estará en disposición de manejar los contenidos fundamentales aquí expuestos, así como de diferenciar los diferentes períodos de la civilización griega y utilizar sus textos y fuentes principales a fin de obtener interpretaciones del legado, tanto material como espiritual, que ha dejado la civilización griega a la posteridad. Este texto está dedicado, en primer lugar, a estudiantes universitarios –en general a aquellos que tengan que trabajar con los conceptos fundamentales de la civilización griega, en estudios históricos, filológicos o filosóficos, y en particular a los que cursan la asignatura La Civilización Griega, del Grado en Geografía e Historia de la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED)– pero también a cualquier lector interesado en esta temática. A todos ellos, estudiantes, estudiosos o simplemente amantes de la Grecia antigua, les invitamos a adentrarse una vez más en la senda de la civilización que todavía sigue siendo imprescindible para comprender al hombre de hoy.

1. Los griegos, signos de identidad: to *hellenikon*

Si la civilización griega no hubiera existido, el ser humano nunca hubiera llegado a ser verdaderamente consciente.

W.H. Auden

Cabe preguntarse qué tiene la civilización griega para que, de forma unánime y con una misteriosa lealtad, el hombre occidental haya buscado desde hace siglos en ella sus raíces. Hace más de dos mil quinientos años, en las riberas del mar Egeo, se produjeron acontecimientos, pensamientos, modos de vida y obras memorables que han perdurado en la imaginación y la veneración de muchas generaciones. Algo despertó entonces en Grecia, nuevo y sin precedentes, que cambió la historia de la humanidad. Allí nacieron los primeros occidentales, que perfilaron una antigua civilización inspirada por la búsqueda de lo absoluto, siguiendo un ideal de verdad y belleza, una cultura que, en cierto modo y pese al pasar de los siglos, sigue siendo la nuestra. La civilización griega se diferencia de todas las anteriores en el proceso histórico de la edad antigua por la primacía de la parte racional sumada a las intuiciones del espíritu, y en el anhelo trascendente de perdurar gracias al intelecto. Antes, tanto la religión como la ciencia constituían el dominio de una casta sacerdotal en un sistema rígido de palacios y jerarquías: en Grecia emerge el ciudadano que toma la palabra en la asamblea

y el filósofo que se atreve a preguntarse por la naturaleza de las cosas. Su huella, huelga decirlo, sigue indeleble en el imaginario colectivo de occidente.

Es un tópico ya afirmar, con el poeta Shelley, que todos somos griegos, que nuestras artes y letras, nuestra razón y nuestra ciencia tienen sus raíces en Grecia, que su espíritu sigue rigiendo desde el pasado nuestro presente. Una y otra vez buscamos las claves de nuestras vidas en el pasado griego y romano y hay que tener por cierto que cada renovación cultural, científica o artístico-literaria en la historia de la civilización occidental –en el Renacimiento, el Barroco, la Ilustración, el Romanticismo, etc.– ha sido profundamente condicionada, cuando no directamente provocada, por una relectura o reinterpretación del mundo griego clásico. Las embajadas a Bizancio y posteriormente a Estambul de los reyes europeos de la Baja Edad Media y la temprana Edad Moderna, la visión de la literatura y la filosofía griega de los humanistas italianos de Lorenzo Valla a Marsilio Ficino, la blanca Grecia de rectas y canónicas líneas de Winckelmann, las ruinas románticas de Lord Byron, los sistemas de producción de Marx, la sociología urbana de Weber, los modelos del psicoanálisis de Freud, la crisis de la modernidad en Joyce y otras innúmeras «revisitaciones» de la civilización griega han espoleado la imaginación de occidente y han permitido los avances de nuestra cultura y nuestro pensamiento en una rica y fecunda dinámica de tensión, imitación, crítica, subversión o intento de superación. Pero Grecia sigue ahí. Siempre está ahí.

El concepto de «clásico» merece una breve mención en este punto, pues la civilización griega representa el clasicismo por excelencia para occidente. Pero ¿qué clasicismo? ¿El de los mármoles pretendidamente blancos, que en realidad eran polícromos? ¿El de las ruinas cubiertas de madreselva donde Hölderlin quería intuir un renacimiento de la vieja Europa? Muchas son las facetas que esconde la noción de «lo clásico». No está de más recordar que la pa-

labra latina *classicus*, de donde deriva la nuestra, proviene del latín *classis* e implicaba el sentido de pertenencia a la clase ciudadana más alta, es decir, una valoración social en principio, y una militar posterior. Pero, además de ello, como es obvio, pasó a connotar metafóricamente una idea de paradigma, una idea que los griegos expresaban con la palabra *kanon* (literalmente, la regla del carpintero), y que pasa a designar esa cualidad modélica en la estética del canon de Policleto en la estatuaria o en las múltiples listas de autores canónicos que elaboraron, en época helénística, los gramáticos alejandrinos –los tres trágicos, los nueve líricos, los siete sabios, etc.– en su empeño de recopilar a «los elegidos» (*hoi enkrithentes*) por su carácter ejemplar para que figurasen entre los autores dignos de ser compilados y de perdurar en la célebre Biblioteca de Alejandría.

Pero hay tantos clasicismos, tantas visiones y lecturas de la antigua Grecia, como individuos, movimientos y momentos que han revisitado y mediado la transmisión de la herencia de la cultura griega. Todos ellos han ido conformando la imagen de lo helénico de la que somos depositarios hoy, y ya no es posible leer la *Odisea* sin recordar a los Ulises de Joyce, el de Kazantzakis o el de Dante. Así ocurre con los textos clásicos que, en palabras de Italo Calvino, en su libro *Por qué leer a los clásicos*, «nunca terminan de decir lo que tienen que decir» y «nos llegan trayendo impresa la huella de las lecturas que han precedido a la nuestra, y tras de sí la huella que han dejado en la cultura o en las culturas que han atravesado (o más sencillamente, en el lenguaje o en las costumbres)». Del mismo modo, la Grecia clásica es más que un período de la historia, una serie de eventos, personajes, obras y costumbres de un momento y un lugar dado: Grecia no se acaba nunca y vive en cada generación que ha interiorizado y perpetuado los logros de aquella civilización. Cada generación, cada relectura, sin embargo, ha ido acreciendo el caudal

de ese legado. Por eso hay que poner siempre en cuestión nuestro concepto de clasicismo a la hora de considerar qué significa la civilización griega en el marco de nuestra propia civilización.

La civilización griega es la época clásica por excelencia de la historia cultural de occidente, en lo literario, artístico, político y científico. Y dentro de ella se ha consagrado como «clásico» un siglo, el V a.C., el de la Atenas de Pericles, que produjo obras canónicas para el arte y la literatura, como la *Atenea* de Fidias o el *Edipo Rey* de Sófocles. Continuamente recordamos el Partenón o la democracia, la filosofía socrático-platónica, la historia de Heródoto y Tucídides y los valores del humanismo cívico y ético como los pilares que siguen sosteniendo nuestra idea de referencia de lo canónico, del mundo clásico.

En la civilización griega reconocemos el origen de nuestra cultura y el nacimiento de un sistema de conocimiento científico racional, que engloba las ciencias naturales, sociales y humanas, que tienen en común el anhelo por la búsqueda de la verdad. Pero también sabemos que allí se originan los principios de nuestra inquietud por la religión y la mitología, por la belleza inexplicable de las creaciones del espíritu en el arte y en la literatura; y no ignoramos que es a aquella civilización a la que debemos la noción de representación política participativa que hoy occidente considera la mejor forma que han conocido los seres humanos de gobernarse y convivir en busca de la justicia social y de la igualdad proporcionada. El vocabulario de nuestra civilización es un fiel heredero de la antigua Grecia, lo que se constata en los muchos helenismos que hay en el español y en otras lenguas modernas y que abundan en los más diversos ámbitos semánticos de la ciencia, la política, las artes o la religión: política, ética, economía, estética, lógica, geometría, monarquía, física, anarquía, oligarquía, tiranía, aristocracia, democracia, y otras muchas. Los cánones de la estética, de la política, de

la filosofía, la religión, el derecho, la literatura y, en fin, el modelo humanístico que marcará para siempre las nociones de colectivo e individuo en la civilización occidental.

Pero veamos dónde surge esta civilización, que es la nuestra. En la parte oriental del Mediterráneo, en la península balcánica y sus islas adyacentes, se forja a partir del siglo VIII a.C., aunque con raíces anteriores, la civilización helénica, la cultura de la Grecia clásica. Dejaremos aquí aparte las civilizaciones prehelénicas, pese a alguna mención particular de la minoica y la cultura de los protogriegos micénicos, por estimar que la civilización griega por excelencia comienza al final de los llamados «siglos oscuros», con la formación de una entidad política y cultural clave para el mundo griego, la *polis* o ciudad-estado independiente. Esta forma de comunidad se expandirá de forma extraordinaria en los siglos siguientes a lo largo de toda la cuenca mediterránea, desde la colonización del siglo VIII a.C., con la primera difusión del modelo de las ciudades griegas fuera de su ámbito geográfico natural, hasta la época helenística, cuando, tras la muerte de Alejandro Magno en 323 a.C., sus sucesores hagan de la lengua y cultura griega un elemento dinamizador y de prestigio social a lo largo del mundo antiguo, desde el Nilo al Indo, o, más allá, cuando el mundo romano adopte los modelos griegos en su larga trayectoria, que abarca desde el siglo II a.C. hasta la época tardorromana y protobizantina. La influencia y prestigio de los griegos antiguos y su civilización se ha mantenido intacta, junto a las muchas relecturas e interpretaciones de las que ha sido objeto, hasta hoy.

1. El pueblo griego: signos de identidad

Los griegos, un pueblo de estirpe indoeuropea, habitaron históricamente como núcleo de su civilización la península

balcánica, la costa occidental de Asia Menor, y las islas del mar Egeo, regiones todas ellas de complicada orografía. El núcleo del mundo griego es, por supuesto, la Grecia continental, al extremo sur de los Balcanes, provista de un agradable clima mediterráneo, pero las más de las veces con difíciles condiciones de producción agrícola y escasez de tierras cultivables para mantener a comunidades numerosas. La tierra no es excesivamente fértil, salvo algunas llanuras bien irrigadas, como ocurre en Tesalia, y bajo el luminoso cielo griego, dominado por el sol, la lluvia puede escasear y la sequía está a menudo presente. Los ríos son de curso poco fiable y, como en el caso del Cefiso o el Iliso en el Ática, ora pueden secarse ora desbordarse con crecidas peligrosas. Otros ríos son algo más caudalosos, como ocurre con el Peneo, el Aqueloo o el Alfeo, pero la impresión general es de una sequedad considerable y el agua de manantiales y fuentes tiene una importancia crucial para el establecimiento de núcleos de población. La escarpada península griega está rematada por montañas de considerable altura, como el Olimpo, que no llega a los tres mil metros (2917 m), el Parnaso (2457 m) en las inmediaciones del santuario de Delfos, el Helicón (1748 m) y el Citerón (1409 m) en Beocia, el Taigeto cerca de Esparta (2410 m), el Ida (2456 m) en Creta y otros montes como el Cilene y Erimanto, o los del Ática, el Pentélico, Parnes e Himeto. Aunque las vías eran practicables, las comunicaciones por tierra no siempre fueron fáciles: en un escenario tan montañoso y recortado, eran prioritarios los viajes por mar (fig. 97). No hay ningún punto de Grecia que diste excesivamente del mar y ello facilitaba el uso de la navegación. La geografía también facilitó que el pueblo griego tuviera una fragmentación política notable y estuviera destinado a la comunicación por mar y a la expansión del comercio y de la colonización allende sus lugares de origen.

En efecto, los griegos no formaron una única comunidad política sino que, casi como una constante en su his-

toria, vivieron fragmentados en entes estatales diversos, como las *poleis*, aunque hubiera otras formas de estado (*politeiai*) como las *basileiai* (reinos) o los *ethne* (estados tribales). Con todo, existió entre los griegos un sentimiento de comunidad, de formar parte de la Hélade, un territorio en el que se compartió una cultura común, una lengua, con ciertas variantes dialectales, y una religión, costumbres y leyes ancestrales (*ta patria*) comunes, que dieron lugar a formas de vida y pensamiento dotadas de cierta homogeneidad. Más allá de todas las diferencias locales se percibía en el mundo griego la noción de pertenecer a una suerte de entidad «supranacional» que el historiador Heródoto de Halicarnaso definió en el siglo V a. C. como *to hellenikon*, es decir «lo helénico». Independientemente de los límites de la *polis* o de la familia dialectal a la que se perteneciera, doria, jonia, eolia o arcadio-chipriota, los griegos eran conscientes de pertenecer a una comunidad helénica que estaba marcada por unos rasgos comunes de identidad, como la creencia en un mismo panteón, unas prácticas rituales que Homero y Hesíodo habían fundamentado en sus influyentes poemas, y unos cultos y santuarios comunes, como Delfos, a los que acudían para venerar a sus deidades. Este sentimiento de pertenencia a una comunidad étnica, el *subjektives Zugehörigkeitsgefühl* que diríamos con Max Weber, se concreta en el llamado panhelenismo, es decir, la noción de pertenecer a la civilización griega que está marcada, en suma, por la lengua griega, la literatura homérica y la religión politeísta olímpica. Esta idea se ponía sobre todo de manifiesto en los festivales religiosos panhelénicos, como los de Delos, Delfos u Olimpia, donde se compartían estos valores de identidad común.

Los poemas atribuidos a Homero, el legendario bardo ciego, que narraban parte de la leyenda de Troya, un viejo ciclo épico, se convirtieron, desde su composición oral en torno al siglo VIII a. C., en el acervo cultural común de los

griegos. Los días de combate en torno a la ciudadela de Ilión del décimo año de la mítica guerra que, marcados por la ira de Aquiles, componen el hilo argumental de la *Ilíada* y la vuelta a casa, plena de peligros y aventuras, de Odiseo tras la guerra de Troya que recogía la *Odisea*, uno de los episodios que formaban parte de los «regresos» o *nostoi* de los héroes griegos, se convirtieron así en la base de la educación moral y literaria del pueblo griego, en un compendio de ética, religión y costumbres ancestrales que marcó de forma indeleble la identidad helénica. El poeta Homero había perfilado una concreción genial de aquella leyenda, que circulaba oralmente en otras versiones, como otros tantos ciclos épicos de héroes (Jasón, Teseo, acaso Heracles), se había hecho seguramente eco de los viejos y gloriosos tiempos micénicos y había dejado una viva narración relacionada con la época que vivió. Pero sus poemas encarnaban en realidad los valores griegos arcaicos y sirvieron de escuela para las generaciones venideras. Junto a las epopeyas de Homero, la épica didáctica de Hesíodo, en el siglo VII a.C., pasó a formar parte muy pronto del núcleo esencial de la cultura letrada griega, de la base de la educación integral, de la *paideia*: sus poemas *Trabajos y días*, con las vívidas impresiones sobre la dureza de la Grecia rural y su sentido de la ética y la justicia de la edad arcaica, y la *Teogonía*, con los orígenes del mundo y de los dioses, sus hechos y hazañas, conformaron un díptico fundamental para la religión y la identidad griega. Algo más tarde, con el nacimiento de la subjetividad literaria en la lírica, un tercer poeta pasó a sumarse a este grupo de textos básicos para el mundo helénico, representando la moral de la Grecia aristocrática y el ideal de la *arete* o excelencia, que abarcaba los ámbitos físico, ético y estético, en el hombre de bien (*aner kalokagathos*): Píndaro, el poeta de los epinicios, que loaban las victorias de los grandes atletas, de los púgiles o corredores, concurrentes a los juegos panhelénicos en torno a los santuarios

de Delfos, Olimpia, Corinto y Nemea en sus Odas Píticas, Olímpicas, Ístmicas y Nemeas. Esta tríada poética fundamentó, durante algo más de un milenio de antigüedad, la educación literaria e integral del helenismo, la base de lecturas de cabecera junto a otros muchos clásicos canónicos, los trágicos, los historiadores, los oradores o los filósofos, que conformaron la *paideia* griega.

2. Contexto y periodización

Tras esta caracterización general es preciso circunscribir ahora más exactamente el ámbito tópico y cronológico de la civilización griega. Veamos cuáles son los orígenes del pueblo indoeuropeo conocido como griego que ha dado a la luz estos y otros logros. Sus comienzos se remontan, según algunas teorías, a su llegada a los Balcanes iniciada a finales del III milenio a.C., y además se han propuesto migraciones internas posteriores en secuencias inciertas basadas en la distribución y desarrollo de los dialectos del griego antiguo. Estas tesis sugieren al menos dos corrientes migratorias, la primera de jonios y eolios, y la segunda de dorios, que habrían concluido en cualquier caso a finales de la época oscura. La mitología griega hablaba de estas oleadas con nombres míticos como Teucro o Heracles, Helén o su hijo Doro, fundadores epónimos de los diversos grupos de población y lengua griega. En todo caso, los micénicos fueron, en efecto, la primera concreción histórica atestiguada del pueblo griego en el siglo XV a.C., con una lengua testimoniada en las tablillas del llamado Lineal B en los complejos palaciales, y unos ecos literarios muy discutidos en las obras homéricas, algunos siglos más tarde. Cuando llegan los dorios (el «retorno de los Heraclidas», según el mito), parece que se desmorona la cultura micénica, o al menos eso se creía tradicionalmente, aun-